

Carmen Mas Hernández
IES Maciá Abela (Crevillente)
COMUNIDAD VALENCIANA



A veces quería gritar y soltarlo todo. Que el mundo se detuviera y me dejase hacer lo que yo quisiera, aunque solo fuera por un momento. Sí, suena caprichoso e infantil, pero venga, no me niegues que tú también te has sentido así en algún momento de tu vida. Y es que yo pensaba que todo me iba muy mal.

Yo acababa de cumplir los diecisiete y recuerdo sentirme atrapada. Atrapada porque aquellas personas que me dijeron muchas veces que yo era lo que ellos más apreciaban, que siempre iban a estar ahí para mí... no lo estaban.

Ahora no creo que fuera culpa suya. Creo que fui yo quien me distancié y quien creyó que ellos nunca comprenderían por lo que estaba pasando. Y también atrapada porque... bueno, por mí misma. No quería seguir siendo yo misma, sino que quería convertirme en yo mismo. Mi propio cuerpo era mi mayor problema.

“Ellos nunca lo entenderán”, me decía siempre. Y era estar diciéndomelo todo lo el rato lo que al final me hizo creer que era verdad y, al final, también acabé creyéndome que no debía siquiera contarles la información más trivial. Que debía alejarme de ellos.

La verdad es que ahora me arrepiento.

Pero también es que la maldita brújula podría haber caído antes.

Me gustaba salir a la calle a despejar la mente y aclarar las ideas. Sola, por calles en las que a horas determinadas no paraba casi nadie y en las que sabía que no corría ningún peligro.

Era un día normal, no creo que se merezca ningún otro adjetivo. Lo que no fue normal es lo que pasó.

Yo caminaba, sin rumbo, sin querer llegar a ningún sitio (excepto a mi casa, cuando ya se hiciera tarde). Intentaba no pensar, o por lo menos, no en aquello que era por lo que había salido, a evadirme de ese pensamiento. Entonces algo me cayó en la cabeza. Y por fin ya

pude no pensar en nada. Solo vi negro y noté otro golpe, el de mi cuerpo impactando contra la acera.

Me desperté. No sé si sería el mismo día pero era por la tarde. Recordaba aquel golpe, algo había caído del cielo. Entonces vi algo en el suelo. Creo que era lo que me dio el golpe, pero no le vi sentido. Era una brújula. Una brújula. ¿Una brújula? ¿Cómo había caído del cielo una brújula? De todos modos, la cogí y la abrí. No era una brújula normal. Llevaba una inscripción que decía: “La brújula te dará la ayuda necesaria”, y donde se suponía que debían estar los puntos cardinales, había cuatro palabras: “sustantivo” en el norte, “adverbio” en el sur, “pronombre” en el este y “adjetivo” en el oeste.

De repente la aguja marcó el este y la palabra “pronombre” se transformó en... Bueno, un pronombre: “Tú”. También me di cuenta de que la aguja me apuntaba a mí.

“¿Yo?”, pensé. Y para mi gran sorpresa, la brújula dijo:

— ¿Eres tú?

— ¿Eh? -me extrañé-. Sí. Yo soy yo.

— No - replicó la brújula- . Tú no eres tú.

Y entonces lo entendí. Yo era yo, pero no era quien yo quería ser. No era lo que yo quería ser. Y no podía seguir sumiéndome en mi desgracia. Tenía que hacer algo. Necesitaba contárselo.

Volví a casa. Saludé a mis padres y enseguida me metí en mi habitación. Me quedé observando la brújula largo rato. Ahora que había decidido que se lo iba a contar, no sabía cómo. De repente, la brújula marcó el norte: “sustantivo”. Y este se transformó en eso mismo, un sustantivo: “verdad”.

— Une, dijo la brújula.

— ¿Que una? -pregunté- ¿Que una qué? ¿Qué tengo que...?

De repente las dos palabras se unieron. Tu (pero ahora sin acento) y verdad. Tu verdad.

Lo que tenía que contarles era simplemente eso, mi verdad. Sin intentar ocultar nada. Contarlo todo. Contar absolutamente toda y nada más que la verdad.

Estuve mentalizándome y preparando qué les diría y cómo se lo diría. Y al final lo hice. Cayeron lágrimas de todos los ojos, salieron gritos de todas las bocas y luego, silencio. Un silencio que lo envolvió todo y con el que comprendí que había estado equivocada todo aquel tiempo. Que aquellas personas que me dijeron muchas veces que yo era lo que ellos más apreciaban lo decían de verdad. Que siempre iban a estar ahí. Y estaban. Les abracé no pudiendo expresar con palabras cómo lo sentía.

Ahora todo es diferente. Al final lo conseguí. Ya no soy aquella chica, sino este chico. Justo ayer le pregunté a la brújula que qué iba a ser del sur, el “adverbio”, y del oeste, el “adjetivo”, que nunca se llegaron a mostrar.

Y el adverbio se transformó en “finalmente” y el adjetivo, en “real”.

— Une, me dijo.

“Tu verdad, finalmente real”.